

triz, siendo victoreados tres veces por la concurrencia...

«No se puede negar que ha sido espléndida y magnífica la recepción de SS. MM. en esta capital; pero hay circunstancias que no deben pasar desapercibidas: tales son la espontaneidad de las manifestaciones, el empeño con que todos han hecho cuanto han podido para adornar é iluminar sus casas, y el entusiasmo, amor y gratitud que han manifestado. Se puede asegurar, sin temor de ser desmentidos, que México ha hecho cuanto podía hacer, todo lo que sus elementos le han permitido..... y sin que se entienda que hay exageración, no había casa en que las cortinas é iluminaciones no tuvieran algo de extraordinario. Esto prueba que el obsequio ha sido voluntario y general. Hay otra circunstancia que debe tenerse presente, y es que el bello sexo tan delicado en México, ha tomado tanta parte en las demostraciones públicas, como la del sexo masculino. Las señoras mas distinguidas por sus virtudes y el recogimiento en que viven; las mas ricas, las mas hermosas, todas á porfía han dado pruebas brillantes de su amor y gratitud á nuestros Soberanos..... En fin, México ha recibido á sus Soberanos lo mejor que ha podido, diciéndoles con sus hechos. *God save the Emperor: Wellcome.* Dios salve al Emperador: seais bienvenidos.»

Después de los tristes acontecimientos de Querétaro, oía yo una tarde en México hablar con grande amargura á los respetables abogados Sres. Sepúlveda y Escobar de Durango. El primero recordaba todo el entusiasmo con que México recibió al Emperador y lo mal que él correspondió á este entusiasmo, diciendo «Todo fué farsa;» y yo entonces cerré aquella conversacion, dejando caer las palabras con que di principio á este capítulo. «Todo es vanidad: así pasan y se deshacen las mentidas esperanzas de este mundo.»

CAPITULO VII.

Gobierno del segundo Imperio.

Quando Jacob puesto en la presencia de Faraon, fué preguntado por aquel rey, quantos eran los dias de su existencia contestó con tan admirable sencillez como humildad: «*Dies mei sunt parvi et mali;*» mis dias son pocos y malos, «He aquí lo que con toda verdad podia decir el segundo imperio puesto en presencia del mundo; y en la sentida cuanta amarga queja de Jacob, podia comprender toda su historia! Según los esfuerzos que se hicieron y los trabajos que por largos años se estuvieron preparando; y según el entusiasmo con que México recibió al Emperador, en ninguno de sus muchos gobiernos se han cifrado las esperanzas, ni de ninguno habia derecho de esperar mas que del Imperio que iba á fundar el archiduque Maximiliano. Tenia á su disposición un ejército capaz de poner á raya las pasiones políticas de que tantas veces se habia abusado en el país: tuvo de pronto las sumas de dinero que produjeron un empréstito contra el erario nacional; el prestigio en el exterior, contando con el reconocimiento

de algunas naciones extranjeras, con la influencia de otras y con la directa cooperacion de varias: en el interior contaba con todos los elementos con que nunca contó gobierno alguno; y hasta tuvo en su favor, la bendicion que el Vicario de Jesucristo dió al nuevo Emperador sobre las tumbas de los Santos Apóstoles, para que su gobierno fuera un manantial de felicidad sobre el pueblo donde lo iba á establecer. Ningun elemento de cuantos pueden necesitarse para constituir un buen gobierno, le faltó al Imperio: hombres, talento, virtudes, armas, dinero, prestigio, el entusiasmo de los pueblos y hasta el favor del cielo concedido en la bendicion de Dios por su representante en la tierra; nada le faltó; y sin embargo, todo fué inútil. ¿Por qué? Porque al hombre le fué dado la terrible facultad, ó de remontarse hasta la altura de una gloria inmortal, ó de esterilizar las mismas gracias celestiales, segun el uso ó abuso que haga de su libertad. El Emperador Maximiliano tuvo en su mano cuantos elementos exteriores podia necesitar; y solo necesitaba aplicar á ellos el elemento interior de su voluntad: no cooperó con ella al desarrollo de los demas elementos; y todos se le convirtieron en el veneno que quitó la vida á su gobierno. Vamos á ocuparnos de describir este cuadro sombrío, solo á grandes rasgos, sin entrar en muchos de sus pormenores, que harian muy extensa la relacion, sin dar por eso mayor exactitud al carácter general del conjunto de los acontecimientos.

Segun el testimonio de personas que trataron al archiduque Maximiliano en Europa antes de aceptar la corona de México, y las que mas íntimamente lo oyeron hablar en Veracruz, Puebla y México antes de desarrollar su plan político que tan desastroso fué para el país como para su autor; segun el testimonio de esas personas digo, el Emperador era en política, de ese partido que aparenta

asustarse de los horrores de la demagogia, y que no tiene el valor suficiente de oponer á ese veneno social, el único correctivo que puede tener, que es el antídoto de la verdad católica, clara, sencilla y pura, tal como es; y no desfigurada por utopías quiméricas, de hombres que á título de fuerza de corazon y de ilustracion de espíritu han tenido el atrevimiento de negar su perfeccion á la obra de Dios, haciendo una confusion en las ideas y un *pandemonium* en su aplicacion, que no ha podido menos de producir la horrorosa anarquía en que desgraciadamente están hundidas las sociedades á causa de esa política tenebrosa é infernal.

Participando tambien de esta política el Emperador Napoleon, la cual le convenia para el desarrollo de sus miras ambiciosas en México, no solo cooperó á que esa fuera la que se adoptara en el gobierno del segundo imperio, sino que abusando de su calidad de protector de México, obligó á Maximiliano á seguir esa política, segun el tratado secreto de Miramar, que ya conocemos; y de esta manera, el Emperador de México venia prevenido para plantear en su gobierno aquel funesto plan, estrechado para ello, por una triple fuerza: la de su conviccion errónea: la de los compromisos con Napoleon; y la de las exitativas de los fatales consejeros de que venia rodeado de Europa. En esto obró con gran error y notable inconsecuencia: con error, porque se separaba de la verdad, única tabla de salvacion para las sociedades; y con inconsecuencia, porque faltaba á los deseos de la mayoría de la nacion que lo elevaba al trono, no tanto por el gusto de tener un monarca, cuanto por la necesidad de ver restablecido el Imperio de la verdad religiosa, que se creia mejor garantizada con un gobierno monárquico.

Como el tratado secreto de Miramar no era conocido de la sociedad mexicana, ni Maximiliano dió á conocer

francamente su política, según lo que en Veracruz le aconsejaron los Sres. Almonte y Velazquez de Leon, no dejaba de abrigarse en general la esperanza de que el nuevo gobierno repararía los males causados por las ideas anárquicas de la revolución, aunque por el dicho de algunas personas se empezó á introducir alguna desconfianza en los ánimos, cuyo temor se vino á hacer mas fundado, cuando el Emperador fué sucesivamente nombrando su ministerio con el Sr. D. Fernando Ramirez á quien encargó la cartera de relaciones, el Sr. D. Pedro Escudero y Echanove que tuvo la de justicia, el Sr. D. Luis Robles Pezuela la de fomento y D. Juan Peza la de guerra. Pues ya con estos nombramientos se vió que el Emperador hacia completa exclusion del partido conservador entregándose en las manos del liberal moderado, que es el peor de cuantos círculos políticos puede haber. Formaba tambien parte del gabinete el Sr. Velazquez de Leon, cuya debilidad lo habia hecho ya hacer traicion á los sanos principios prestándose á firmar el tratado secreto de Miramar: al general Almonte que tanto se habia declarado en la Regencia en favor de las leyes de reforma, lo nombró canceller de la Orden de Guadalupe, despojando de este cargo al Illmo. Sr. Arzobispo; y para introducir mayor desorden en la administracion, formó un gabinete particular de que era gefe M. Eloin á donde se dirigian todas las solicitudes que se hacian al gobierno, lo mismo que los acuerdos de los ministerios, donde se le daba curso á lo que les parecia á los individuos de aquel gabinete, que en lo general eran extrangeros y para mayor desgracia, hombres que no veian mas interes que el individual.

De esta manera, verdaderamente no habia gobierno: porque el ministerio liberal no estaba conforme con la sociedad conservadora, que era la que tenia interes en la consolidacion del Imperio: el gabinete particular no esta-

ba de acuerdo con el ministerio, que sufrió mas de una humillacion, viendo estrellarse allí sus acuerdos ó modificarse, según convenia á los deseos de aquellos hombres: el gefe del ejército francés, no obraba de acuerdo, ni con el gabinete particular, ni con el ministerio, ni mucho menos con los deseos de la sociedad, haciendo lo que mejor convenia á los intereses de Napoleon, cuyas órdenes obedecia sin consideracion ni miramiento alguno al gobierno del Emperador Maximiliano; quien á su vez, fingia estar conforme con todos, pero en realidad no lo estaba con nadie, ni nadie con él. ¡Triste y funesto cuadro; que no pudo menos que producir la anarquía y la ruina del Imperio!

El 6 de Julio concedió el Emperador una amnistía general por causas políticas; y en seguida dió una circular, para que en ningun acto oficial, ni en la prensa, se permitiera usar el lenguaje que pudiera zaherir el ánimo de los partidos, exacerbando de este modo las pasiones y haciendo mas difícil la union que el Emperador deseaba en todos los ánimos. Esta medida honra sobremanera al Emperador Maximiliano; pero desgraciadamente él mismo la quebrantaba, porque nada heria tanto el honor nacional ni irritaba los ánimos, como la conducta misma del gobierno. Al partido conservador nadie lo irritaba mas que el mismo Maximiliano, no solo de palabra en muchos de sus actos, sino principalmente de hecho, poniendo en ejecucion una política, que siendo esencialmente contraria á los principios de eterna verdad, imposible era que el partido conservador la hubiera admitido, sin dejar de ser lo que era, el partido representante de la verdad única que ha de salvar á este infortunado país: ¡Tal vez ya está cerca este dia!

Al partido liberal, por mas que lo alhagara con palabras lo tenia descontento con la ereccion del trono; y no podia

esperarse, que aquel partido cooperara de buena fé á la consolidación del orden, que detestaba: y si habia algunos que se atrevieran á subir las gradas del trono, no era sino para apresurar la mina que habia de derribarlo.

Y á toda la sociedad desagradaba, la preponderancia que en todo dejaba tener á los gefes franceses, y sobre todo el desorden introducido en la direccion del gobierno, por una multitud de extranjeros, que ni por sus principios, ni sus modales, ni su aptitud en los negocios, podian captarse las simpatías de la sociedad, que no los veía sino como unos aventureros, que especulaban con los bienes nacionales y la dignidad personal del Emperador á quien afectaban apreciar, aun que en realidad no hacian sino adular torpemente.

En el mes de Agosto emprendió el Emperador un viaje al interior; llegando hasta Leon, en donde sacó la ventaja de atraerse al general D. José López Uruga; aunque á costa de algunas expresiones duras contra el partido que puso en sus cienes la corona: y luego pasó al pueblo de Dolores, en donde se propuso celebrar el aniversario del movimiento que en aquel lugar inició el cura D. Miguel Hidalgo el 16 de Setiembre de 1810. Esto llevaba por objeto hacerse popular entre el partido liberal; y para este fin, la noche del aniversario, pronunció un discurso en el balcón de la casa que fué habitacion de Hidalgo, haciéndolo en términos tan inconvenientes, aun faltando á la verdad histórica, que ni produjo efecto alguno en el partido liberal; y desagradó mas al partido conservador. Desgraciadamente, todos los pasos que daba el Emperador en el camino de la política falsa que adoptó desde el principio, no servian, sino para levantar nubes, que al fin causaron la tempestad horrible que hizo tantas víctimas, siendo una de ellas el mismo infortunado Emperador.

Al general Mejía se habia encargado hacer la campaña

en los lugares de la frontera, desde que obtuvo su triunfo en Matehuala; y luego que volvió de México de recibir al Emperador, marchó para Monterey y Matamoros, donde á fines de Setiembre dejó ya establecido el gobierno del Imperio. D. Benito Juarez, que de San Luis Potosí habia ido á establecer su gobierno á Monterey, estaba en esta plaza con sus ministros; y allí se pronunciaron en contra de él las fuerzas del Estado; dirigidas por su gobernador D. Santiago Vidaurri y el coronel D. Julian Quiroga, que tambien llegaron á tener ocasion de acabar allí con la pretendida legalidad de D. Benito Juarez, que al fin quedó, mediante una capitulacion, expedito para ir á poner su gobierno á Chihuahua; sucediendo despues al Sr. Vidaurri, lo mismo que á Landa que tambien le concedió su libertad en Guadalajara. Landa en Zacatecas y Vidaurri en México, fueron víctimas del gobierno á quien concedieron su existencia, por la mayor de las inconsecuencias, supuesto que se proponian combatirlo para destruirlo.

La prevision mas vulgar hacia ver la necesidad de establecer como fundamento del Imperio, un ejército nacional, tanto para evitar los males que causaba el ejército extranjero, como para darle al gobierno la respetabilidad que no podia tener, cuando no se apoyaba en fuerzas propias, que lo podrian abandonar en la hora mas crítica como en efecto sucedió: y que para esto se hubieran elegido aquellas personas que daban verdaderas garantías por sus principios, que eran de mayor prestigio como militares, y de mas influencia en la sociedad como hombres públicos.

Porque seria muy largo referir todos los actos de crueldad, de injusticia y de impolítica cometidos por las fuerzas extranjeras, solo voy á extraer aquí algunos que

bastan para fundar un cargo demasiado grave contra el gobierno que los toleró; sin buscar el remedio de esos males, en la formación de un ejército nacional y moralizado.

La parte del ejército extranjero que mas notable se hizo por sus desórdenes, fué el cuerpo llamado, «Guerrilla del Coronel Du Pin.» El autor de esta obra se hallaba en Catorce por negocios de su profesion; y cediendo á las vivas instancias del general D. Tomás Mejía, accedió á desempeñar la Prefectura de aquel lugar mientras él hacia la campaña sobre Monterey y Matamoros. Cuando con este fin marcharon todas las fuerzas de la Division Mejía, algunas fuerzas juaristas dirigieron sus esfuerzos á ocupar aquellos lugares, de donde creian sacar abundantes recursos; y aunque en ninguna de las veces que lo intentaron lograron su objeto, el gobierno para mayor seguridad dispuso que fuera á guarnecerlos la guerrilla Du Pin. El que esto escribí pidió la revocacion de esta orden, prefiriendo estar solo, á tener compañía semejante; pero como algunas personas trabajaban porque fuera aquella fuerza, mejor renunció el encargo, antes que consentir en que la autoridad que representaba tuviera un apoyo tandeshonroso, de lo cual se podrá formar idea por lo que de esa fuerza dice el Conde de Keratey, que tenia razon de conocerla.

«Parecia que en esta guerrilla se habian dado cita todas las naciones del mundo: se codeaban franceses, griegos, españoles, mexicanos, americanos del Norte y del Sur, ingleses, piamonteses, napolitanos, holandeses y suizos. Casi todos estos hombres habian dejado su patria para correr tras una fortuna siempre fugaz: se encontraba allí al marinero desengañado de la mar, al negro de la Habana arruinado por el tifo destructor de su cargamento; al pirata, antiguo compañero de Walker el filibustero; al buscador de oro escapado de las balas

que habian muerto á Rousset-Boulbon; al cazador de bitzontes llegado de los grandes lagos; al manufacturero de la Luisiana, arruinado por los yankes. Esta partida de aventureros, no sabia lo que era disciplina: oficiales y soldados se emborrachaban bajo la misma tienda de campaña; los tiros de revolver eran muchas veces el toque de diana. En cuanto á los trajes, si esta tropa hubiera desfilado con clarines al frente de los boulevards de Paris, se hubiera imaginado cualquiera, que estaba presenciando el paso de una partida antigua de truhanes, desenterrados del fondo de la ciudad.»

Este famoso coronel Du Pin, quemó á Usuluama, llenó de consternacion á Pánuco, en Tampico colgaba de los faroles á los que castigaba con la muerte sin la menor figura de juicio, y llenó de terror á todos los pueblos que tuvieron la desgracia de presenciar su paso. Y lo que él hacia con su tropa de aventureros, hacian los ilustrados gefes franceses con sus tropas disciplinadas: el coronel Cousin, comandante superior de Tlalpam, castigó al lugar con una multa de seis mil pesos, por el asesinato de un zuavo, y suspendió en su ejercicio á la autoridad civil: Huachinango, villa del Estado de Puebla, que llevada de sus sentimientos católicos, manifestó su desagrado por la conducta del Emperador, fué entregada al saqueo de un batallon de zuavos por orden de su gefe el coronel Tourre: el general Castagny en su campaña de Mazatlan llevó consigo el terror y entregó al furor de las llamas los pueblos de la Concordia y S. Sebastian, que de lugares habitados quedaron convertidos en desolados páramos; y en la misma Capital del Imperio, su comandante superior M. H. de Courcy, ponía una policia secreta para molestar á personas muy distinguidas, como el Sr. Arzobispo y lo mas notable del partido conservador, sin eximir

tampoco á los liberales que estaban en los puestos mas elevados del Imperio. Pero el gobierno, lejos de remediar estos males, los toleraba vergonzosamente; y cuando ellos mismos hacian mas imperiosa la necesidad de establecer el ejército nacional, lo destruia persiguiendo á sus principales gefes, aprisionando en la capital al general Taboada; dando orden para que se llevara preso al honrado y valiente general Vicario, que tuvo que buscar su salvacion en la fuga; mandando á Europa con pretextos frívolos á los generales Márquez y Miramón; y abandonando á su suerte en Matamoros al valiente y leal general Mejía, hasta que sucumbió. Todo esto, por instigaciones del general Bazaine, que cumplia la consigna de su Emperador, destruyendo el único partido que pudo haber consolidado un orden estable en México.

Así como con la falta del ejército nacional, quedaba el Imperio sin base sólida en el orden físico, así tambien quedó sin fundamento en el orden moral, con la política anticatólica que se desarrolló de una manera declarada desde el mes de Diciembre.

El dia 7 de este mes llegó á México Monseñor Meglia, nuncio de S. S. Pio IX, cuya llegada todo el mundo esperaba con ansia, deseando que con eso se hubiera aclarado la situacion, disipándose los temores que ya toda la sociedad abrigaba de que el Emperador siguiera la misma política reformista de Comonfort y Juárez; y creían, que con la presencia del delegado apostólico, se salvarian algunas dificultades que se pudieran presentar, para fijar ya un camino seguro en aquella materia que era tan interesante para tranquilizar todos los ánimos.

El dia 10 fué recibido el Nuncio por SS. MM. y después de la ceremonia entregó al Emperador la siguiente carta del Sumo Pontífice.

«Señor: Cuando en el mes de Abril último, antes de tomar las riendas del gobierno del nuevo Imperio mexicano, quiso V. M. venir á esta capital para venerar la tumba de los Santos Apóstoles y recibir la bendición apostólica, le hicimos presente el dolor profundo de que estaba llena nuestra alma en vista del lamentable estado á que las revueltas habian reducido todo lo concerniente á la Religión en la nacion mexicana.

«Antes de esa época y mas de una vez, nos habiamos quejado en actos públicos y solemnes, protestando contra la inícuca ley llamada de Reforma, que destruia los derechos mas inviolables de la Iglesia, ultrajaba la autoridad de sus pastores; contra la usurpacion de los bienes eclesiásticos y la dilapidacion del patrimonio sagrado; contra la injusta supresion de las órdenes religiosas; contra las máximas falsas, que lastimaban directamente á la santidad de la religion católica; en fin, contra otros muchos actos, cometidos no solamente en perjuicio de personas sagradas, sino tambien del ministerio pastoral y de la disciplina de la Iglesia.

«Por eso ha debido comprender fácilmente V. M. cuán felices eramos al ver apuntar la aurora de los dias pacíficos y afortunados para la Iglesia de México, gracias al establecimiento del nuevo Imperio. Esta alegría creció cuando vimos llamados á aquella corona, á un príncipe de familia católica y que habia dado tantas pruebas de piedad religiosa. Tambien fué grande la alegría de los dignos Obispos mexicanos, que, al salir de la capital de la cristiandad, en donde han dejado tantos ejemplos de su abnegacion y filial afecto hácia nuestra persona, tuvieron la dicha de ser los primeros en ofrecer su sincero homenaje al soberano elegido por su patria; y de oír de sus labios las mas lisongeras seguridades de la enérgica resolucion que tenia, de reparar los daños hechos á la Iglesia y de reor-